LA ACELINA,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

POR D. E. T.

ACTORES.

Matilde.
Aimar, señor feudal, tutor de Acelina.
Acelina.
Acemon, amante de Acelina.
Alberto, confidente de Aimar.
Mariana, aya de Acelina.
Cecilia, criada.
Un soldado.
Un paisano.
Guardias y soldados de Aimar.
Paisanos y Paisanas.

La Escena es en un castillo.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa de un lado las paredes del castillo, y en ellas ventanas con rejas: del otro lado una torre. En el medio, y cerca de la escena, un terraplen con un muro de apoyo, que corta el teatro desde un bastidor al otro: detras del muro se supone estar el foso del castillo. En el fondo un campo, y el orizonte muy baxo, porque el muro y terraplen ocultan una parte de lo descubierto. En el fondo se dexa ver Acemon, el qual caminando hácia el castillo, se oculta en breve, porque baxa al foso; pero no tarda en mostrarse de nuevo sobre el muro, desde el qual salta al terraplen. Cerca del muro de la parte de acá habrà dos àrboles pareados.

Aun no es muy de dia.

ESCENA PRIMERA.

Acemon solo.

Acem. Aun duermen todos: ahora
de nadie ser visto puedo.
Este amor, sin esperanza
que has inspirado à mi pecho,
y las súplicas humildes
que por tí dirijo al cielo,
¿quàndo lograré mostrarte,
ó tú, desdichado objeto
de mi ternura?... ¡Infelice!
tu consolador acento

jamas llegó á mis oídos:
solo verte desde léjos
es el placer con que alivio
cada dia mi tormento.
Los males que de contíuuo
padeces en ese encierro,
¡quàl me afligen é interesan
en tu desgracia! El deseo
de hacerte libre, constancia
y valor me dará á un tiempo.
Mas entretanto, ¡qué penas
tan estériles padezco!
¡triste del que separado
de su amada está viviendo!
¿Dónde felices instantes
de indiferencia y sosiego,
dónde fuisteis? ¡qué tranquilo
entónces viví! El afecto
de una madre cariñosa
bastaba en aquellos tiempos
á hacerme feliz. Mi alma
ignoraba un sentimiento,
que va á labar su dicha
para siempre... ¿y yo me quejo?
¿no me hace amor venturoso?
El verla solo un momento,
este placer tan suave
¿no disipa el desconsuelo
de todo un dia? mas ya
ha amanecido. Atar debo
al árbol el ramillete
que formé para mi dueño.
Hermosas flores, decidla
quánto en mi corazon siento,
que á una muger amorosa
no es dificil entenderos.
Si os miran sus bellos ojos,
y por mi dicha á su seno
os lleva, decidla entónces
lo que yo decir no puedo.
Pero oigo pasos: huir
para no exponerla, debo.
Salta al foro, y se va.

ESCENA II.

Mariana y Cecilia.

Mar. No me engañé, no: yo he visto
cantando á un hombre aquí mesmo
debaxo de esas ventanas.
¿Será amante?... ¡qué consuelo!
Una muger encerrada
necesita algun recreo;
¡y amor lo es tan dulce y grato!
Cecil. ¡Mas ah infeliz! su desvelo
inútil es, y es en vano
la esperanza de su pecho.
Mar. ¡Acelina!... ¡pobre niña!
aun reposa. Los deseos
que ha inspirado, el mal que causa
ignora sin duda.
Cecil. Aquesto
ya entender debiera.
Mar. Yo
no lo ignoraba á lo ménos
en su edad, y acaso acaso
ella tambien el objeto
penetró de los cantares.
Si habrá escuchado su acento
el fiero Aimar y rezela...
¿pero qué importa su ceño?
El deleyte de engañar
á un zeloso, y los esfuerzos
del amor serán bastante
al logro de sus deseos.
Yo que por Aimar el cargo
de custodiar aquí tengo
á esa triste huerfanilla,
servir al amante quiero,
y no al tirano.
Cecil. Aquí viene
Acelina ya.
Mar. Te ruego
me dexes con ella sola,
pues á mí qualquier secreto
libremente me confia:
despues lo sabrás. *Vase Cecilia.*

ESCENA III.

Mariana y Acelina.

Acel. ¿Qué veo?
¿tú aquí, mi amada?
Mar. Acelina,
á comunicarte vengo
nuevas alegres.
Acel. Empieza.
Mar. Esta mañana,
ha estado un jóven.
Acel. ¿Un jóven?

¿cómo has podido saberlo?
Mar. Porque baxo esas ventanas,
cantando estuvo algun tiempo.
¡Qué voz tiene tan suave!
Acel ¿Y le viste?
Mar. No por cierto:
abrir no osé la ventana.
Acel. ¿Pues cómo sabes, sin verlo,
que es jóven?
Mar. ¡Ay Acelina!
la muger en un encierro,
pronto por la voz conoce
á un jóven aunque de léjos.
Acel ¿Con que te gustaba oirle?
Mar. ¿Si me gustaba? en extremo:
y á tí te hubiera agradado
igualmente, porque tierno
hablaba de amor, lloraba,
se ponia à cantar luego
en voz baxita, muy baxa;
mas yo no perdí por eso
ni una palabra: ¡qué impulsos
de despertarte me diéron!
Acel. Si no dormia. *Sonriendose.*
Mar. ¿Qué dices?
¿no dormias? con que luego
has escuchado...
Acel. Tan bien como tú
Mar. ¿Pues á qué efecto
me haces contar?...
Acel. Sigue, sigue,
que en oirte me deleyto.
Mar Vaya, que para una vez
que nos ha enviado el cielo
un ángel consolador,
bastante bien te has impuesto.
Acel. ¡Una vez! no, mi Mariana,
no es la primera.
Mar. ¿De cierto?
¿pues qué? viene...
Acel. Cada dia.
Mar. Cada dia, ¿y sin saberlo
estaba yo?
Acel. No lo extrañes,
porque tú duermes mas tiempo
que yo.
Mar. ¿Pero quién es, dime,
ese jóven?
Acel. Te protesto,
que no lo sé.
Mar. ¿Tú le has visto?
Acel. Muchas veces á lo lejos.
Mar. ¿Te ha hablado?
Acel. Nunca.
Mar. ¿Pues cómo
viene aquí? ¿quàl es su intento?
¿por qué canta? Dímelo,
Acelina, porque en esto
soy tan curiosa...
Acel. Pues oye:
paseando como suelo
en este terreno un dia,
ví un hombre que desde léjos
me miraba atentamente;
pero yo el rostro volviendo,
hice que no lo notaba.
Mar. Y á la verdad fué bien hecho,
pues lo exîge la decencia.
Acel. Yo continué en mi paséo
sin mirarle; mas con todo,
á veces no podia ménos
de inclinar la vista al campo:
no por verle.
Mar. Ya, ya entiendo,
porque èl te viese.
Acel. Despues
fuese aquí acercando, y luego
que estuvo junto á este árbol,
paróse, y en el momento
empezó á cantar; apènas
llegaba á mi oído el eco.
Mas lo poco que le oí...
Mar. Te daba mucho contento:
es muy natural.
Acel. Pues èl,
no debió así suponerlo,
porque temiendo escucharle
me entrè en mi aposento luego.
Mar. A tu pesar, ¿no es así?
Acel. Desde este dia le veo
de contínuo en este sitio:
yo poco á poco me he hecho
mas atrevidilla; y ya
me arrimo lo mas que puedo,
con lo qual me ha parecido...
Mar. Que le das gusto, ¿no es esto?
Acel. Todo, todo lo adivinas.
En fin ha tenido aliento
de pasar el grande foso
que nos separa, y sin miedo
viene á cantar las mañanas
enfrente de mi aposento.

Mar. Ya no extraño que gustases
tanto de tomar el fresco.
¿Y què dirá tu zeloso
si oye al cantor?
Acel. Me extremezco,
Mariana, con tal memoria.
Mar. ¡Ha conocido tu afecto
ese jóven?
Acel. ¿Por ventura,
te he dicho yo que le quiero?
Mar. Pues vaya al contrario: ¿sabe
que no le amas?
Acel. Rezelo
que así lo creerá.
Mar. Se engaña
á fè mia: ¿mas què veo
en este árbol? ¡què hallazgo!
Acel. Un ramillete.
Mar. ¿Que ha puesto
èl mismo aquí?
Acel. Sí.
Mar. Adivino.
He tenido el mismo encuentro
muchas veces; y en verdad,
me admiraba con extremo,
ver en un castaño, rosas.
Acel. El amor hace portentos,
Mariana.
Mar ¿El amor ha sido?
Acel. Sí, amiga, te lo confieso:
¿y á tí pudiera ocultarlo?
Cautivada en este encierro,
y sin cesar perseguida
de un zeloso que detesto,
¿por què no he de amar á un hombre,
que sin poder ni un momento
hablarme, y sin esperanza,
se interesa como vemos
en mi infortunio?

Acemon aparece en el fondo.

Mar. ¿Mas cómo
le dirás tus sentimientos?
Acel. Amiga, no sè.
Mar. Me ocurre
un excelente proyecto.
¿El no se explica con flores?
Pues sírvete tú á su exemplo
del mismo intèrprete.
Acel. ¿Cómo?
Mar. No dudes que tienen cierto
lenguage tambien las flores.
Un ramillete formemos,
cuyos colores le digan
tu amoroso pensamiento,
y en el sitio donde estaba
el suyo, le dexarèmos.
Acel. Discurres bien.
Mar. Mira, mira.
Acel. ¡A dónde?
Mar. Allá abaxo: creo
que es èl, y ya nos ha visto.
Acel. No mirèmos, no mirèmos.
Mar. Tengo deseos de verle.
Acel. Que se acerque mucho temo.
Mar. Hagamos el ramillete.
Acel. Vè á hacerle, que aquì te espero.
Mar Suena ruido. Ven, huyamos,
que es Aimar: vamos corriendo,
Acelina: ¡qué espantoso
es de un zeloso el aspecto.

Vanse.

Retirase Acemon.

ESCENA IV.

Aimar, y un soldado.

Aim. Yo mismo, sí, le he escuchado
esta mañana al perverso:
despues de saltar el muro,
ha tenido atrevimiento
de cantar frente à las rexas
de mí castillo.
Sol. Prostesto,
señor, que hemos observado...
Aim. Con descuido. Y os prevengo,
que si èl ú otro temerario
se atreve á llegar, su exceso
he de vengar, en vosotros.
¿Han ido en su seguimiento?
Sol. Sí señor, y ya la guardia
está el muro recorriendo:
si alguno osáre acercarse,
le traeràn al punto preso.
Aim. Está bien. A Alberto llama;
pero aquí viene. Si al reo
prendièron ya, conducidle
á mi presencia al momento.

ESCENA V.

Aimar y Alberto.

Alb. Nada indagar he podido:
acaso ilusion del sueño...
Aim. No es ilusion: el malvado
osó penetrár adentro
del castillo: en vano, en vano
ha sido tanto misterio,
y las demas precauciones
que ha tomado mi rezelo.
Por ver á Acelina, miran
la muerte con menosprecio;
pero aun soy mas infelice
yo que á mi lado la tengo.
¡Funesta pasion! ¡tu yugo
oprime otra vez mi cuello!
Rompí incauto la cadena
que me hizo feliz un tiempo,
y á la que tierna me amaba
desposeí de mi afecto,
para ofrecerle á la ingrata
que le desprecia: ya siento
mi error, siento mi vergüenza;
pero vencerme no puedo.
Hoy, Alberto, necesito
de tu amistad y consejos.
Pues que mis males conoces,
y le amor en que me enciendo,
alivia, si acaso puedes,
mi corazon; y sincero
dì la verdad. ¿Me censuran?
Responde, pues te lo ordeno.
Alb. Y podrèis tan agitado
oir los sanos preceptos
de la zazon?
Aim. No lo dudes.
Los oirè, y á obedecerlos
me verás pronto; mas dime
con franqueza, si violento
á Acelina á que su mano
me entregue...
Alb. Será tal hecho
censurado.
Aim. De ese modo,
¿qué partido tomarèmos?
Alb. Renunciar á sus amores.
Y pues que tanto deseo
de saber lo que se habla
mostrais, escuchad atento.
La desgracia de Matilde
aun lloran todos, diciendo
que despues de seducirla
la abandonais: y hace tiempo
gue esta infeliz desterrada
por su amante, està viviendo
en la deshonra y miseria:
que víctima del desprecio
y de la inconstancia, oculta
su rubor y el fruto tierno
de un amor desventurado
en un àspero desierto,
donde ni aun de consolarla
os dignais con un recuerdo:
que à nueva pasion ahora
entregado vuestro pecho,
nueva vìctima prepára.
Aim. ¡Cómo!... ¿què dices, Alberto?
Alb. Sì señor, temen que pronto
ha de seguir el funesto
fin de Matilde, á Acelina:
recuerdan con sentimientos
las virtudes de su padre,
que al morir, á vuestro zelo
confió su amada hija
como el bien mayor; y viendo
que à vuestro amor se resiste,
temen la violencia. Aquesto
es, señor, lo que se dice.
Aim. ¡Asì piensan! ¿y severo
no haces callar los malvados
que me censuran, ni de ello
me has advertido hasta ahora?
Yo sufriera los consejos,
mas no desprecio y baldones:
y tú, que segun entiendo,
piensas con mas libertad
que me has hablado: tú, Alberto,
que tal vez esas ideas
imaginas en el pueblo;
conoce mejor mi clase,
y tu deber, advirtiendo,
que no estás en mi castillo
para unirte y dar fomento
à mis contrarios, sino
para defenderme de ellos.
Me aprovecharè, no obstante,
de esta leccion: vete luego.
Al salir, y aparte.
Alb. De esta manera los grandes,

la

la verdad siempre acogièron.

ESCENA VI.

Aimar solo.

Aim. A seguir la inclinacion
que me guia estoy resuelto:
los obstáculos me irritan,
y mas avivan el fuego:
¡ay de aquel que á provocar
se atreva mi enojo! pero
aquì se acerca Acélina
con Mariana: mucho temo
que èsta á la traicion ayude.
Retirarme un poco debo,
por no inspirarlas sospechas...
Ocúltase detrâs de los àrboles.
escucharlas aquí puedo.

ESCENA VII.

Acelina, Mariana, y Aimar oculto: traen las dos un azafate de flores.

Mar. De las flores mas hermosas
un ramillete formèmos.
Acel. Y al amor sirvan de idioma
sus colores
Mar. A despecho
de un argos inexôrable,
del castillo y de sus hierros.
sabe engañar á un zeloso
el mas inocente pecho.
Acel. ¡O tú, con cuya memoria
se mitiga mi tormento!
de mi corazon recibe
el homenage primero.
Aim. ¡Pérfida! con mi venganza
haré que espire tu afecto.
Mar. Estas rosas le dirán
tus amorosos deseos:
símbolo de la ternura
fué la rosa en todos tiempos.
Acel. Sin duda; pero es forzoso
que las espinas quitémos,
pues en viéndolas, creería
que de contínuo padezco.
Aim. Cada voz es un ultrage
que da á mi furor aumento;
¡quàndo llegarà el instante
de la venganza!
Mar. Sé cuerdo,
le dirá la violeta,
que siempre oculta en el seno
está de la yerbecilla,
pues quiere amor el secreto.
Acel. Añadamos la perpétua,
flor á que respeta el tiempo,
pues ha de ser tan durable
de mi corazon el fuego.
Mar. Ya hemos escrito la carta:
de las flores lleva el resto,
y déxame sola, así
que sospechar no darémos.
Acel. Ata bien el ramillete
al árbol; mas te prevengo
que no le oculten las hojas,
pues así nos expenemos
à que no le vea.
Mar. Bien:
no tengas ningun rezelo,
que si pudiera guardarle
el corazon, allá dentro
le encontrarían los ojos
de un amante.
Vase Acelina con las flores.

ESCENA VIII.

Mariana sola.

Mar. En el correo
Se va acercando al àrbol.
pondré la carta; y mañana
por la respuesta vendrémos.
Aim. Deten. *La detiene.*
Mar. ¡Ay de mi!
Aim. Traidora,
¿qué vas à hacer?
Mar. Yo fallezco. *Aparte.*
¡Ah, señor!...
Aim Ya lo sé todo:
es en vano el fingimiento:
tiembla.
Mar. ¡Qué desdicha!
Aim. Dame
ese ramillete luego,
y entra en la torre, malvada:
¡triste de tí, si un momento
sales de ella sin llamarte!
de tu perfidia el exceso
pagaràs.

Mar. ¡Pobre, Acelina! *Vase.*

ESCENA IX.

Aimar y *Acelina.*

Aim. ¿Cómo vengaré el desprecio
de esa ingrata? ¿de qué modo
la haré sufrir los tormentos
que me devoran? mas ya
viene aquí: disimulemos:
á mentir la obligaré
para confundirla luego,
y con lentitud gozarme
en su dolor qual deseo.
Oculta el ramillete Aimar, y se retira un poco.
Acel. ¡Mariana, Mariana! ¿dónde
estará, que no la veo?
Ella me busca sin duda,
mas voy á ver cómo ha puesto
el ramillete... ¡Dios mio! *Al ver Aimar.*
¿Qué miró? ¡fatal encuentro!
Aim. En busca tuya venia,
Acelina, pues intento
hablar despacio contigo.
Acel. Ya escuho, señor.
Aim. Espero
que quien tan crueles penas
hasta aquí sufrir te ha hecho,
va à ser á tus ojos grato
la vez primera. Me siento
ya muy trocado, Acelina:
sobre mí tomó su imperio
la razon, y de mi yugo
á librarte me resuelvo.
Acel. ¡Què escucho! *Aparte.*
Aim. De nuestra edad
la desproporcion, tu empeño
en oponerte constante
á mi amoroso deseo,
á hacer sèrias reflexîones
me han determinado, y veo
que labro tu desventura
y la mia al mismo tiempo.
En fin, he rompido el dardo
que clavastes en mi pecho
á tu pesar, y conmigo
voy á traer al momento
á Matilde, á la que nunca
olvidar debí indiscreto.
Acel. ¡Ah, señor! ¡esa infeliz,
cuyas virtudes el pueblo
tanto encarece !... sus males...
Aim. La verás aquí muy presto:
entre los dos, agradable
esta morada le harémos.
Acel. Yo, señor, la estrecharé
en mi corazon.
Aim. Aprecio
tu bondad sobre manera;
pero aun no basta ese zelo;
falta ahora que me digas,
pues ha de llegar hoy mesmo,
¿cómo deberé mostrarla
la ternura de mi pecho?
Acel. No me toca á mí enseñaros.
Aim. Pues yo lo contrario creo,
bella Acelina. En amores
nunca ha faltado el ingenio
á la muger mas sencilla.
Acel. ¿Què querrá decir con esto? *Aparte.*
Aim. Si de amor hablo á Matilde,
que no ha de creerme temo,
y por fingidos tendrá
acaso mis juramentos.
¿Te parece que me valga
de un ingenioso rodèo,
de algun emblema sutil,
de unas flores por exemplo?
Acel. ¡O cielos! *Aparte.*
Aim. Un ramillete
con arte, y gracia compuesto:
¡què! ¿te turbas?
Acel. ¿Yo, Señor?...
Aim. Respóndeme, ¿no es cierto
que una flor es elocuente?
¿què dices? Pero mi acento
vuelve pálido tu rostro:
La enseña el ramillete.
¡pérfida!
Acel. Mi muerte veo.
Aim. Ya se descubrió el engaño,
y en breve su atrevimiento
expiará el seductor
que á mí prefieres.

ESCENA X.

Dicho, y *un Soldado.*

Sold. Ya preso
está, señor, aquel jóven.

Acel.

Acel. ¡O què golpe tan funesto!

Sold. Llámase Acemon, y habita
una choza en el opuesto
lado del rio.

Aim. Traedle
á mi presencia al momento,
y temed su fuga. Tú *A Acelina.*
vete tambien, pues no quiero
goces el placer de verle,
quando por vengarme intento
separaros para siempre.

ESCENA XI.

Dichos, y Acemon conducido por los guardias.

Acelina al salir encuentra à Acemon.

Acel ¡Ay triste!

Acem. Cielos, ¡qué veo!

Aim. Vete. *A Acelina.*
Dexadme con èl.
A los guardias, los que se retiran hàcia el castillo.

ESCENA XII.

Aim. Hombre audaz, que con objeto
de seducir á una jóven,
sin experiencia á este encierro
osastes llegar, ¿quál era
tu esperanza? ¿quién aliento
te dió para que vencieses,
atropellando el respeto,
un obstáculo sagrado?
respódeme.

Acem. ¿Y á què efecto?
¿qué vale el justificarse
con quien á su enojo ciego
solo escucha? Pues me tienes
á tu poder ya sujeto,
dispon de mí.

Aim. Quando à amarla
se determinó tu pecho,
¿consultaste la prudencia?
¿no viste el espacio inmenso
que hay entre tì y Acelina?

Acem. El amor quando es violento,
nada prevee.

Aim. ¿Tú me insultas?
¿Has conocido á què extremo
puede llegar mi venganza?

Acem. A darme la muerte; pero
entretanto, ¿qnièn podrà
impedirme que á los cielos
ruegue por esa infelice,
que oprimida está gimiendo
en tus atroces cadenas?

Aim. No me admira que resuelto
desprecies así la muerte.
Amor no conoce riesgos
quando al extremo ha llegado:
mas no solo à tí comprehendo
en mi amenaza, no solo
en tí vengarme deseo:
otro golpe mas sensible
á tu corazon reservo.
Sabe que adoro á Acelina,
que me atormentan los zelos,
y que si no fuere mia,
morirá.

Acem. ¡Monstruo perverso! *Aparte.*

Aim. ¿Te estremeces? sálvala
del castigo mas sangriento,
si la estimas.

Acem. ¿De què modo?

Aim. Afirma con juramento,
á su presencia y la mia,
que ella nunca fué el objeto
de tu amor, sino que à otra
se dirige tu deseo:
de las sospechas que pudo
inspirar tu atrevimento,
pidela un perdon humilde,
y acepta, ó finge á lo ménos
aceptar allì la mano
de una muger, que al intento
harè llevar.

Acem. ¡Duro trance! *Aparte.*

Aim. ¿Aun dudas? Si algun afecto
la profesas, te repito
que de mi furor violento
la salves; si no, mi brazo
atravesará su pecho. *Saca un puñal*

Acem. ¡Si á mì solo amenazáras!
Con resolucion.
Cruel, has hallado un medio
para ser obedecido.

Aim. ¿Acéptasle?

Acem. Si: le acepto.

Aim. Guardias. *Llegan.*

Aimar habla en voz baxa á uno de ellos, y se van.

Acem. ¡Horrorosa prueba!
Si me ama, ¡qué tormento
á causarla voy!
Aim. Atiende
á la promesa que has hecho
De Acelina está la suerte
en tus manos; y no tengo
nada que hacer, solamente
cerca de ella estaré atento
observando tus miradas
y las suyas: y si advierto
la menor seña en vosotros,
la haré morir.
Acem. Ten por cierto
que obedeceré... ¡mas ah!
Aim. Tú libre serás en premio:
y aun mas, de mis beneficios
te colmaré.
Acem. Los desprecio.
Con compasion.
Aim. ¡Infeliz no así me ultrages,
pues aun mas que tú merezco
la compasion. Mas ya vienen:
Pone mano al puñal,
si me engañas, este acero
me vengarà de vosotros.
Acem. ¡O desgraciado momento!

ESCENA XIII.

Aimar, Acemon, Acelina y Guardias, Hombres y Mugeres del castillo.

Aim. Yo me he engañado, Acelina:
Cerca de Acelina.
no es joven reo,
pues á tí no dirigia
sus amorosos deseos:
mi cólera ha desarmado,
descubriendome el secreto;
y ahora quiere asegurarte
de su inocencia, pidiendo
perdon de las inquietudes
que imprudente desvelo
ha podido ocasionarte.
Acem. Sì, Acelina, aunque te han hecho
digna de ser adorada
de todo el mundo los cielos,
nunca tuve la osadìa
de aspirar á tì; mi afecto
no no ha sido tan ambicioso:
éste es el anciano
Mostrando á Cecilia, que està à su lado.
de mi ternura.
Acel. ¡Infelice!
Acem. Cautivada en ese encierto,
como tú, verla lograba
rara vez; y mi deseo,
por acercarse á su vista,
me hizo cometer un yerro
muy culpable, pues con él
nacer sospechas pudiéron
à tu inocencia injuriosas.
Acel. Falta á mi pecho el aliento. *Aparte.*
Aim. Basta. En recompensa
del penoso sentimiento
que te he causado, yo mismo
enlazar tu mano quiero
con la de tu objeto amado,
y dotarla almismo tiempo.
Al castillo conduce,
adonde en pocos momentos,
para vuestra eterna dicha,
iré todo á disponerlo.
Acem. A Dios, hermosa Acelina:
perdóname.
Da la mano á Cecilia, y hace ademan de irse.
Acel. Yo fallezco. *Desmáyase.*
Acem. Soy amado. *Viendola caer.*
Dexa à Cecilia, corre à Acelina, y la levanta.

ESCENA XIV.

Dichos y Mariana, que ha visto caer á Acelina, á ella.

Mar. ¡Justo Dios!
Acem. Disimular ya no debo.
Teniendo à Acelina, y defendiéndola de Aimar.
Amándome, ¿ podré acaso
temer tu hierro sangriento?
Hiérenos, tirano, hiere,
que juntos bendecirémos
la muerte, que á reunir
va por siempre nuestros pechos.
Aim. Llevadle, guardias, al punto;
sepárense los perversos:
obedeced.
Acel. Tiembla, tiembla
bárbaro, ya nada temo:

Acelina al verse amada,
mira con rostro sereno
la muerte.
Mar. Aplacad la ira.
Aim. Obedeced.
Mar. ¿El aspecto
de su dolor no es bastante,
señor, á compadeceros?
¿habeis de ser su verdugo?
Aim. Os uniré, lo prometo,
en el sepulcro.
Acem. Acelina.
Acel. Acemon.
Ambos. A Dios.
Mar. Yo muero.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa de un lado la fachada interior del castillo, y en ella la ventana del aposento de Acelina: del otro lado un jardin. Cierra el teatro un rio que le atraviesa, y en la parte de allá se verán montañas.

ESCENA PRIMERA.

Aimar y Alberto.

Aim Nada escucho: la venganza
es el placer que deleyta
á un pecho desesperado.
Alb. Ya, señor, en mi propuesta
os la ofrezco.
Aim. ¿De qué modo?
Alb. Si vuestro enojo desea
vengarse del imprudente,
que en disputaros se empeña
el corazon de Acelina
además de complacerla,
lo alcanzaréis.
Aim. Habla, Alberto.
Alb. Ordenad que se devuelva
á la tímida Acelina,
que al veros airado tiembla
su libertad: y asimismo
perdonado el jóven sea.
Aim. ¡Acemon!
Alb. Sí: despreciadle.
Aim. Un amante no desprecia
á su rival preferido.
Alb. Reflexîonad que ahora empieza
su amor, pues no se ha hablado;
y verse han podido apénas.
Quando intentais seducirla,
no irriteis una belleza.
atormentando su alma,
en lugar de conmoverla.
Si os mostrareis generoso,
alcanzaréis su terneza;
si cruel, seréis odiado.
¿Lo que puede la clemencia
sobre un corazon sensible,
que el hombre mover intenta,
ignorais? ¡Ah! perdonadlos:
y luego Acelina sepa,
que vuestro rival odioso
debe su perdon á ella.
Aim. ¿Y quieres que le perdone?
Alb. Quiero que vuestra prudencia
un corazon le arrebate,
de que dueño se contempla:
para lograrlo, este esfuerzo
debeis hacer, porque entienda
Acelina, de qué modo
vuestro pecho señoréa.
Aim. No podré moverla, Alberto.
Alb. ¿Hay corazon que no mueva
la piedad? Con vuestra órden
iré á romper la cadena
de Acemon, y á desterrarle
del castillo: à conseqüencia
le advertiré que ese rio
debe ser una barrera
para él insuperable
y que si osáre romperla,
y acercarse à estos lugares,
la muerte en ellos le espera.
Aim. Sí, la muerte.
Alb. De Acelina
exîgiré la promesa
de renunciar al amante;
á quien benigno la ofensa
perdonais.
Aim. Dí que esta gracia,
es precio de su obediencia;
y que será revocada
si à hacerme feliz se niega.
Alb. Hablarla de enlace ahora
señor, arriesgado fuera.
Aim. Sin tal condicion, repito

no

no hay que esperar. *Aparte.*
Alb. Es prudencia
no irritarle: ya obedezco,
y voy con tan feliz nueva
de volveros la paz,
à hacer de modo que sea
vuestra órden respetada,
y à salvar á la inocencia. *Aparte.*

ESCENA II.

Aimar, y un Soldado.

Sol. Hablaros quiere un paisano,
gran señor.
Aim A mi presencia
condúcele.

ESCENA III.

Aimar solo.

Aim. Te perdono,
ingrata: y de mi clemencia
goza el rival que aborrezco,
aunque solo à tu belleza
debe esta piedad.

ESCENA IV.

Aimar y el Paisano.

Pais. Señor, *Con encogimiento.*
perdonadme, si...
Aim. No temas:
habla, ¿què quieres?
Pais. Mi amigo,
à quien amo con terneza,
està preso.
Aim. ¿Dónde?
Pais. Aquí.
Aim. ¿De quién lo supiste?
Pais. Cerca
estaba yo del castillo
quando fué preso.
Aim. La pena
es debida á su delito.
Pais. A vista de su inocencia,
extraño que contra vos...
mas creerlo será fuerza,
quando prenderle mandasteis.
En fin, mi amistad os ruega
que le perdoneis, señor;
y ya que tal no merezca
la culpa, su pobre madre
que con inquietud le espera,
ignorante del fracaso,
es muy digna por sus prendas
de la piedad.
Aim. Está bien:
dispondré lo que convenga:
vete.
Pais. ¡Dios mio! quál tratan
los hombres á la pobreza.

ESCENA V.

Aimar y Alberto.

Alb. Tranquilizaos, señor,
que ya alcancé la promesa
de Acelina.
Aim. ¿Con que á hacerme
venturoso está resuelta?
Alb. Sí señor, ha producido
la generosa clemencia
el efecto deseado:
bañada en lágrimas tiernas,
con voz tímida, y el alma
de agradecimiento llena,
os dió gracias, prometiendo
obedecer.
Aim. Pues que sea
puesta en libertad al punto:
acábese la violencia:
libre sea, te repito.
Alb. Ya, señor, gozando queda
su libertad: al momento
que juró, mandé volverla
á su habitacion.
Aim. No importa
que abuse de esta licencia,
pues yo sabré si me engaña...
Alb. No temais quando sincera
ha jurado no faltar
á la debida obediencia:
Acemon siguió mis pasos;
voy á conducirle fuera
de este sitio, y á vedarle,
que qual hoy, osado vuelva.
Aim. Evitar quiero su vista,
pues harto pesar me cuesta
darle libertad ahora.

ESCENA VI.

Alberto y Acemon.

Alb. Ven, ó jóven sin cautela,
á abandonar para siempre
esta morada funesta
á tu amor: las condiciones
con que rompí tu cadena
ya sabes: cuerdo procura
no faltar à la promesa.
Este rio de nosotros
para siempre te segrega,
y si al castillo de nuevo
te conduce tu imprudencia;
aunque sea á pesar mio,
haré que sufras la pena
por Aimar determinada.

ESCENA VII.

Acemon, y despues Mariana.

Acem. Solo estoy: nadie me observa:
ya te perdí para siempre,
tierna amiga... ¿será fuerza
de aquí sin verte alejarme?
¿gozar por la vez postrera
este agradable orizonte?
Contemplar al ménos pueda
estos lugares á donde
una deidad me encadena.
Mar. ¿Aun estás aquí?
Acem. No puedo
apartarme de esta tierra.
Mar. ¡Desventurado ya nunca
enfrente de nuestra rexa,
te oiré cantar las mañanas.
Acem. ¿Y ántes que me parte de ella,
no podré ver á Acelina,
à mi Acelina? ¡me fuera
tan gozoso si logràra
hacerla solo una seña,
y recibir de su mano
el último à Dios! ¡A verla
estoy tan acostumbrado
ya desde léjos!
Mar. ¡Si hubiera
seguridad de que nadie
te viese! tu amada prenda,
allí está sola.
Acem. ¿Está allí?
Dile que aun me tiene cerca,
que solamente deseo
decirla á Dios. Qué de penas
atrae una despedida!
Mar. ¡Y qué placer acarrea!
mas hela aqui.

ESCENA VIII.

Acelina, y Mariana y Acemon.

Acel. ¡Aun te veo! *A la ventana.*
Acem. ¿Será por la vez postrera?
Acel ¡Separarnos! no, no puedo.
Acem. ¿Y yo podré?
Acel. Estoy resuelta
á seguirte, mi Acemon.
Mar. y Acem. ¿Qué dice?
Acel. Que donde quiera
te he de seguír: un desierto
guardará nuestra inocencia;
y en él nos hará felices
el amor que nos alienta.
Acem. Yo no me atreví, Acelina,
á hacer la misma propuesta.
Mar. Tened prudencia, y oidme:
todo à mi entender se arriesga,
huyendo en este momento:
rezelo que hoy nos observan,
y que tal vez sorprehendido
será Acemon á su vuelta:
temo igualmente que Aimar,
alucinarnos intenta,
y que el perdon otorgado
es lazo y estratagema,
para hacerte consentir
en el enlace à que anhela.
Acem. Unirse con él!
Acel. Yo misma
por salvarte, con violencia
lo prometí.
Acem. ¿Qué pronuncias?
el tiempo, Acelina, vuelva,
no le perdamos.
Mar. Conviene
que ahora te vayas sin ella,
porque serémos perdidos
todos tres, si te la llevas:
vete, que esta noche misma
en el sitio donde quieras,

nos juntarémos.
Acel. ¿Y cómo
podré tener yo certeza
de que no te han detenido?
Acem. Luego que à mi madre vea,
la qual será en breve tuya,
mi amigo con ligereza
vendrá al castillo.
Mar. No, no:
¿un hombre cómo pudiera
acercarse á estos lugares
impunemente?
Acem. Pues, dadme
una traza con que pueda
decir la hora y el sitio
donde juntarnos convenga.
Acel. Escribirme es imposible.
Mar. Escucha una ocurrencia:
nuestra palomilla blanca
puede ser la mensagera.
Acel ¿De qué modo?
Mar. Llévela
consigo Acemon, y suelta
en qualquier parte, á nosotros
volará con diligencia,
atado al ála un villete...
Acem. Entiendo.
Acel. ¡Qué bella idea!
dices bien, amiga mia.
Baxa al jardin.
Mar. Ya nos ha dado otras nuevas
la cándida palomilla:
quando salió de esta tierra,
ántes de su muerte el padre
de Acelina, con presteza
la avecilla de su estado
nos instruía, y la mesma
el último á Dios nos traxo:
lo que hizo entonces contenta
por un padre, lo hará hoy
por amor.
Acel. Vamos apriesa,
y me la darás, Mariana.
Mar. Sígueme, que voy por ella.
Aqui se retira el Soldado que observaba, y Mariana se entra.
Acem. A Dios, hermosa Acelina.
Acel. A Dios, amado: ¿me esperas
esta misma noche?
Acem. Sí;
y en señal de mi promesa,
toma la mano.
Acel. Será
mi felicidad eterna.

ESCENA IX.

Acelina sola.

Acel. Tu, amor, que me has inspirado
esta dulce llama, vela,
vela de Acemon la vida,
y dígnate protegerla:
oye los humildes ruegos
de una muger sola y tierna
y los pasos de un amante,
de tanto riesgo liberta:
á tu poder todo es fácil,
amable Dios; mi cadena
hoy rompes, y compasiva
me va á conducir tu diestra
à este asilo, donde quieres
que viva con él y muera.

ESCENA X.

Acelina y Mariana.

Mar. Ya se fué: pasará luego,
y quando á su casa vuelva
soltará la palomilla,
que volando placentera
á nosotros, el billete
nos traerá; y así contentas,
sabrémos que está seguro,
y que disponiendo queda
nuestra fuga; mírale
caminar por la ribera.
Muéstrase Acemon en la otra parte del rio con la paloma, que besará enseñándola, y desaparece.
Mar. No tardarà, segun corre.
Acel ¿Vive lejos?
Mar. No: muy cerca,
abita en una cabaña
que está en la ribera opuesta
de este rio: media hora
tardaría otro qualquiera
en llegar; pero un amante,
dos minutos solo emplea.
Acel. Con que en medio del camino
nadie sus pasos detenga.

Mar.

Mar. El camino estaba solo;
con todo, juzgo que sea
mejor esperar aquí
la paloma, cuya vuelta
nos librará de inquietudes:
¡mas ay! ¡que el tutor se acerca!
Acelina, disimula,
y mas su esperanza alienta,
que á proporcion crecerá
tu libertad.

ESCENA XI.

Acelina y Aimar.

Acel. La destreza
para fingir y engañarle,
amor benigno me presta.
Aim. No esperes de mi, Acelina,
reprehensiones ni aspereza:
ya te perdoné, y al verte
siento que ménos me cuesta
excusarte, que culpable
creerte: ya no me queda
recuerdo de lo pasado,
ni el por venir me atormenta,
con la promesa que has hecho:
ahora el gusto me dispensa
de confirmarla.
Acel. Señor,
la turbacion que me cerca,
y el temor tan natural...
Aim. ¿Temor dices? dexa, dexa
esa pasion à mi pecho,
que á vista del tuyo tiembla
si acaso leerá en tus ojos...
¿Pero por qué nuestra lengua
habla de temor ahora?
ya no hay lugar á mi queja;
pues en hacerme feliz
has consentido sin fuerza:
tú no eres falsa, Acelina,
ni da lugar á sospechas
tu candor.
Acel. ¡Quál me violento! *Aparte.*
Aim. Rompe el silencio, no temas:
con una sola palabra
mi felicidad aumentas.
Acel. Señor, sé que he prometido...
Aim. ¡Qué! ¿te arrepientes?
Acel. Dispuesta
á obedeceros estoy.
Aim. Ya veo que la obediencia
solo, cruel, he logrado;
mas tú podràs quando quieras
usar del poder.
Acel. No se hizo
para mí tanta grandeza.
Aim. ¿Qué pronuncias? ¿Nuestro enlace
diferir acaso intentas?
Acel. No, señor: he prometido,
y obedeceré. ¡qué pena! *Aparte.*
Aim ¿Obedeceràs? Pues bien:
ya que à mandar me violentas,
ten à bien que de tí exîja
una gracia muy ligera.
Acel. ¿Quàl, señor?
Aim. En adelante
no podrà, como deseas,
estar Mariana contigo.
Acel. ¡Mariana!
Aim. La confidenta
de Acelina inobediente,
no es regular que lo sea
de Acelina fiel esposa.
Acel. Resistirle es imprudencia. *Aparte.*
Aunque este golpe, señor,
es muy sensible, que ordena
la razon, que soportarle
debo sin la menor queja:
recibid mi aprobacion
en señal...
Aim. ¿De tu obediencia?...
Cólmala de beneficios;
pero que hablarte no pueda,
y goce mas feliz suerte
léjos de tí.
Acel. Si licencia
me dais, irè á consolarla,
porque me ama con terneza,
y sentirà, à par del alma,
separacion tan funesta.
Aim. Anda, Acelina: no puedo
negarte quando ruegas.

ESCENA XII.

Aimar solo.

Aim. No es natural esta calma:
tanta sumision no es buena:
hay engaño, hay disimulo.

¿La

¿La desdichada, qué espera?
¿quàles seràn sus designios?
Ha convenido en la ausencia
de Mariana, reprimiendo
el dolor que la atormenta:
me engañas: zelos, venganza,
que en mi pecho te alimentas:
solo vuestra voz escucho,
recobrad la antigua fuerza.

ESCENA XIII.

Aimar y el Soldado.

Sold. Señor.
Aim. A informarme viene.
¿Qué nuevas traes? Dame cuenta.
Sold. Todo lo he visto, señor.
Antes que Acemon partiera
le habló; y aunque no he podido
oirlos bien, ví que cerca
del rio conduxo al jóven
Mariana, y le entregó...
Aim. Cesa,
que vienen las dos aquí:
entrémos, y lo que resta
me dirás.

ESCENA XIV.

Mariana y Acelina.

Mar. No mi Acelina:
¿dexarte yo? no pudiera.
Antes de llegar la hora
de mi partida violenta,
habrémos ambas dexado
esta prision funesta.
Ya habràs llegado Acemon,
y luego à nuestra presencia
vendrà la amable paloma.
Paisanos y Paisanas en el otro lado del rio.
Acel. ¿Què gente, amiga, es aquella?
Mar. Habitantes del pais,
que à felicitarte entran
como à esposa de su amo.
Acel. ¿Y si la paloma llega?
Huyamos de ellos, Mariana.
Mar. Guàrdate. Si tal hicieras,
te buscaràn importunos,
Acelina, donde quiera.
A vivir en tu aposento
la paloma ya está hecha,
y allà volarà: yo voy
à abrir, para quando venga,
las ventanas, y à esperarla.
Acel. Quando huyamos, serà fuerza
el llevarla con nosotros.
Mar. Sí, sí; pero ya se acercan
los paisanos: disimula.

ESCENA XV.

Acelina y coro de Paisanos y Paisanas.

Coro. Salud à la hermosa,
la amable Acelina,
que el cielo destina
à tan alto honor:
aquesta olorosa
guirlanda recibe,
y por siempre vive
feliz con tu amor.
Pónenla una guirlanda de flores.
Acel. De vuestra amistad sincera
la recibo, prometiendo
ser eternamente vuestra.
Coro. Salud à la hermosa, &c. *Se van.*

ESCENA XVI.

Acel. A Dios, amigos, à Dios:
me enternece su inocencia.
¡Quál me quieren! y yo ingrata
voy à dexar su terneza.
Este es, Acemon amado,
el placer que en recompensa
sacrifico á tu cariño.
Mariana á la ventana.
Mar. No te retires, y observa
cuidadosa à todas partes.
Aimar pasa por la otra parte del rio con escopeta, seguido de un Soldado.
Acel. ¡Qué veo! ¡con escopeta
Aimar! ¡qué dicha! va á caza.
Mar. Así en libertad nos dexa.
Acel. ¿Estará Acemon seguro?
Mar. En breve dará la vuelta
nuestra paloma: cuidado
que estes, Acelina, atenta.
Acel. Vuela aprisa, palomilla,
que Acelina te desea,

es-

esperado que la traigas
de su tierno amante nuevas.
¿No ves nada?
Mar. Aun no la veo.
Acel. Si algun fracaso...
Mar. No temas:
esperémos otro poco.
Acel. Mi corazon atormenta
un triste presentimiento.
Mar. No estés con esa impaciencia:
ya la veo, ya la veo.
Acel. ¡O qué dicha! ¡cómo vuela!
Dexa ver la paloma: óyese un escopetazo, y cae el ave muerta: Aimar vuelve á pasar el rio con el arma.
Acel. y Aimar. Yo muero.
Desaparece Mariana.
Acel. ¡Funesto golpe!
¿En situacion tan adversa
qué he de hacer? ¿dónde ocultarme?
otro recurso no queda
si no huir de esta morada
que mi corazon detesta.
Huye por el jardin.

ESCENA XVII.

Aimar y Guardias.

Aimar con la paloma y la carta.

Aim. ¡Qué desgraciado nací!
el traidor, cuyas ofensas
perdoné, de mi castillo
llevar á Acelina intenta:
escuchad y estremeceos.
Lee. »Luego que el fiel mensagero te haya »entregado este billete, corre sin tardan»za al reducto secreto donde te espera »mi corazon: huirémos, si es forzoso, »hasta el fin del universo en busca de »un agradable asilo, donde podamos »gozar tranquilamente de una suerte »mas feliz léjos del tirano que te tiene »esclavizada.»
Uno delos Guard. ¡Cielos!
Aim. El furor me ciega.
Vengadme, amigos, vengadme:
cubierto de heridas, muera
el pérfido que me ultraja.
Guard. Será su muerte sangrienta.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, y dos Paisanos que salen corriendo.

Un Pais. Señor, acudid aprisa,
que Acelina ya se aleja
de este lugar.
Aim. ¡Acelina!
Pais. Huyó con tal ligereza,
que alcanzarla no pudímos.
Aim. Corramos luego tras ella,
y el traidor que la seduce
ante sus ojos perezca.

ACTO TERCERO.

El teatro representa una grande roca abierta enforma de bóbeda, à cuyo pie está la morada de Matilde, y encima hay un camino transitable con arbustos; por la abertura de la roca se ve el rio, y en fondo una graciosa campiña.

ESCENA PRIMERA.

Acemon y algunos amigos suyos aparecen sentados baxo de la roca: los amigos de Acemon tienen cerca de sí los instrumentos de agricultura.

Acem. Este es, amigos, el sitio
donde venir la he mandado,
y donde mi corazon
ansioso la está esperando.
¡qué largas se hacen las horas
al que tiene este cuidado!
¿Está ya todo dispuesto?
País Nada falta: y observando
quedan otros en el rio.
Acem. En especial os encargo,
que no advirtais á mi madre
del peligro en que me hallo:
pero ya debeis, amigos,
de este lugar alejaros,
puesto que á baxar empieza
el sol, y se va alargando
de los árboles la sombra
hácia la gruta. Sed cautos,
repito, pues aun ignora
mi madre el penoso daño

que

que sufrí, y el que me espera,
si mi terrible contrario
llega á descubrir la fuga,
y puede haberme á las manos.
La imágen de esta desgracia
apartar es necesario
de su ternura, que siempre
al castillo me ha vedado
acercarme. El nombre solo
de Aimar le da sobresalto:
¡quál padeciera sabiendo
que á su furor inhumano
estoy expuesto! El secreto
la confiarémos quando
esté ya libre del riesgo:
pero vosotros en tanto
observad por todas partes.
¿Está preparado el barco?
Pais. Todo, Acemon, está pronto;
y no hay para qué temamos,
pues á una legua de aquí
los límites señalados
estan de la tierra, en donde
Aimar ya no tiene mando.
La rapidez de este rio
será bastante á llevarnos
en una hora.
Acem. Al momento
que la veais...
Pais. Ya, ya estamos
en conducirla á tu vista.
Otro. Despues yo vendré á buscaros.
Acem. Y yo avisaré á mi madre,
luego que estemos á salvo:
á Dios.
Todos. A Dios.
Acem. Partirémos
todos juntos. *Vanse los Paisanos.*

ESCENA II.

Acemon y Matilde.

Mat. ¿Qué he escuchado?
¿tú partir, hijo querido?
¿dexarme quieres, ingrato?
Acem. ¿Imaginais, tierna madre,
que yo pueda abandonaros?
A mis amigos decia,
que iré... luego... á acompañarlos.
Mat. Tú me engañas. Ya hace dias
que muy trocado te hallo:
tu inquieta melancolía,
las ausencias de mi lado,
todo me anuncia que ya
no soy el objeto ansiado
de tu amor qual otros dias;
¡que yo mísera no basto
á hacerte feliz!
Acem. Señora:
yo... soy... no me atrevo á hablaros;
excusad mi turbacion,
cuya causa de mi labio
habeis de saber, y entónces
hallará disculpa acaso
mi corazon en el vuestro.
Mat. Háblame, Acemon, mas claro.
¿Puedes tener un pesar,
y de tu madre ocultarlo?
¿quál es tu temor? ¿quál es
este impenetrable arcano?
¿y quién mejor que mi diestra
enxuar podrá tu llanto?
Conmovido y aparte.
Acem. Por no afligirla, guardar
el secreto es necesario.
Mat. ¿Mas tú callas, y suspiras?
¿què mal te está amenazando?
Acem. Amada madre, ninguno, *Turbado.*
ninguno; tranquilizaos,
nada teme vuestro hijo...
sereno está, y sin cuidado...
lo sabréis todo... no es nada...
Mat. El amor te ha subyugado.
Acem. ¿A mí el amor?
Mat. Sí: tú amas:
hace dias temblando
lo sospeché; pero ya
tengo certeza.
Acem. ¿Y acaso
miraréis como delito
un sentimiento tan grato?
Mat. Te compadezco, hijo mio.
Acem. ¿Habeis algun tiempo amado?
Mat. Por mi desgracia.
Acem. ¡Infelice
y à quien los cielos negàron
la dicha de conòcer
al que la vida me ha dado!
Mat. ¡Oxalà siempre lo ignores!
Acem. Pero segun lo que alcanzo,
vos le amabais con ternura.

Mat. Hijo mio, sella el labio:
que es horrible tal memoria.
Respeta siempre un arcano,
del que pende tu reposo:
ven à estrecharte en mis brazos:
¡mas ay! que siendo tú solo
el bien que ya me ha quedado
de una pasion tan funesta,
ahora intentas, inhumano,
robàrmele.
Acem. ¿No me aníma
un corazon, que formado
habeis á exemplo del vuestro?
Mat. Si es así, de tu quebranto
hazme sabedora al punto.
Tu corazon estrechado
en el mio me franquea:
soy compasiva, te amo;
y la reprehension amarga
nunca salió de mi labio.
Acem. ¡Ay! dexadme.
Mar. ¿Tú me huyes?
Acem. El momento ya ha llegado. *Aparte.*
y va á venir.
Mat. ¿Qué delirio
así te tiene embargado?
¿quáles designios meditas?
errantes veo girando
tus ojos por todas partes:
yo me estremezco.
Acem. Calmaos.
No es nada, nada, os lo juro:
quisiera hablar sin reparo,
pero temo... no, no puedo.
A Dios.
Mat. ¿Me dexas, ingrato?
Acem. Os veré en breve, muy breve:
Corriendo.
para nunca mas dexaros.
Mat. Hijo, Acemon: ¡ay!
Acem. A Dios.

ESCENA III.

Matilde sola.

Mat. ¿Me habrá por siempre dexado?
¡O funesta despedida!
¿qué intentará, cielo santo?
Solo faltaba á los males,
de que cercada me hallo,
la pérdida de este hijo,
que tan solo me ha quedado
para consuelo. ¡Infelice!
yo creía que su dardo
á mi solo asestaría
la desgracia, y no á mi amado
Acemon; esta esperanza
aliviaba mi quebranto;
pero ya triste la miro
desvanecida en mi daño.
Hàgate, querido hijo,
amor mas afortunado
que á tu madre: ¿mas qué veo?
á mí se viene acercando
una jóven fugitiva.

ESCENA IV.

Matilde y Acelina.

Acel. Ponedme, señora, á salvo
por piedad.
Mat. ¿Qué mal te aflige,
tierna niña?
Acel. Los soldados
me persiguen: esos tigres
que vienen amenazando
mi triste vida... el dolor...
la turbacion... el cansancio...
no puedo mas.
Siéntase sobre una piedra.
Mat. Càlmate:
tranquila goza el descanso,
yo te ocultaré piadosa:
te serviré.
Acel. El justo pago
dé à vuestra bondad el cielo.
al fin hallé, por acaso,
un corazon á quien mueve
el infortunio.
Mat. Sus daños
ha dias que experimento.
Acel.. ¿Tambien os han alcanzado?
Mat. Tambien; pero mi desgracia
sera menor, en logrando
la tuya aliviar; ¿ quién eres?
Acel. La víctìma que un tirano
á su furor preparaba.
Mat. ¿Es tu deudo por acaso?
Acel. No señor: un poderoso
que por violencia mi mano

inten-

intentó lograr.
Mat. ¿ Estabas
en su poder?
Acel. Yo lo llamo
una prision.
Mat. ¿Y lograste
huir de su vista?
Acel. Quando
al altar iba á llevarme.
Por senderos ignorados
he venido disfrazada,
con este trage aldeano
que tomé en una cabaña,
para engañar los malvados
que me persiguen: ¡mas ay!
caeré de nuevo en sus manos.
Mat. ¿Te han visto?
Acel. Desde esa roca
los guardias he divisado
en la otra parte del rio,
el qual, en breve pasando,
aquí vendrán á prenderme:
¡si á mí sola aqueste daño
amenazára!
Mat. ¿Pues qué
aun hay otro desdichado?
habla.
Acel. Ocultadme, ocultadme;
que ya me viene buscando
el feroz Aimar.
Mat. ¿Qué nombre
ha pronunciado tu labio?
Acel. El del tirano.
Mat. ¡Infeliz!
Acel. ¿Le conoceis?
Mat. Demaciado.
Con sentimiento.
Acel. No me descubrais, señora.
Mat. Conocerás que no es falso
mi corazon.
Acel. Por desdicha,
¿tambien os ha atormentado?
Mat. Ven á mi choza.
Acel. Señora,.
el secreto que os encargo...
Mat. Nada temas, que el asilo
á todos serà ocultado.
Acel. Oigo ruido;
Mat. Sígueme.
Tómala de la mano, y éntrala en la cabaña.

ESCENA V.

Acemon y Mariana.

Acem. ¡Mi esperanza ya ha acabado!
¿qué dices?
Mar. ¡Ay! huye, huye:
que te persigue el tirano.
Tu seguridad procura,
y en su prision y quebranto
se consolará Acelina,
sabiendo que te has librado
de sus verdugos.
Acem. ¡Huir!
¡abandonarla yo ingrato
quando por mi causa gime!
no puedo, no: ya á esperarlos
resuelto estoy: que me prendan,
y me lleven los soldados
á los negros calabozos
del opresor inhumano:
así estaré cerca de ella,
sus cadenas arrastrando:
respiraré el ayre mismo,
y lloraré mi fracaso
baxo el mismo techo.
Mar. ¡Ay triste!
que así te vas acercando
á la muerte.
Acem. ¿Y no es morir
estar de ella separado?
Mar. Huye te ruego.
Acem. Al castillo
iré la muerte buscando:
plegue al cielo que mi sangre
sacie el furor del tirano;
y de este modo liberte
á mi bien idolatrado,
del tormento que la espera.

ESCENA VI.

Dichos yMatilde.

Acem. ¡Madre infeliz!
Viendo á Matilde.
Mar ¡Dia aciago!
Mat. Hijo mio: ¿qué lamentos,
qué dolor desesperado
tu pecho oprime?

Mat. Señora:
tened, tened ¡ay! los pasos
de vuestro hijo, que va
á perderse alucinado.
Mat. Escucha, Acemon, escucha
mi triste rogar: ¡insano!
¿quieres ver mi muerte?
Acem. Madre,
no me permite escucharos
mi desesperado encono.
Mat. Al ménos dí apiadado,
dime tu dolor.
Acem. La tiene
en su poder el tirano:
esclavizada suspira,
y estoy de ella separado
para siempre, para siempre:
otro recurso no hallo
á mi dolor, que la muerte.
Mat. ¿Mas de quién te separáron?
habla.
Acem. De mi bien, mi vida,
de la que ciego idolatro:
de Acelina.
Mat. ¡De Acelina!
Mar. No perdamos tiempo: huyamos,
huyamos, que Aimar ya llega.
Mat. ¡Aimar! ¿qué pronuncias?
Acem. Vamos
á que me quite la vida,
ó con pecho mas humano,
á mi Acelina me vuelva:
á Dios.
Mat. Escúchame, incauto:
¿dónde corres?
Acem. A la muerte.

ESCENA VII.

Dichos y Acelina.

Acel Vuelve, Acemon, á mis brazos:
Acemon...
Acem. ¿Qué voz escucho?
Mat. ¡O cielos!
Mariana abraza à Acelina, la qual se arroja en los brazos de Acemon.
Mat ¡Qué estoy mirando!
Acem. ¿Tú aquí, Acelina?
Mat. ¡Mi hijo,
rival de Aimar! ¡desdichado!
Acem. Miradla, madre, y veréis
si el amor en que me abraso
es digno de reprehensiones.
Mar. ¡Qué prodigio tan extraño
hallarte en estos lugares!
Acem. ¿Qué deidad, aquí, tus pasos
ha conducido?
Acel. El amor.
Mar. ¿Quién te libró del tirano?
Acel. Mi valor.
Mar. ¿Este asilo quién te ha dado?
Mostrando á Matilde.
Acem. La humanidad: ¿pero vos
la madre de mi adorado?
Acem. Y tuya.
Mat. Queridos hijos,
vuestro pelígro cercano
me hace temblar: ¿de qué modo
pudiera yo libertaros?
¡si supiérais el secreto
que me està martirizando!
este Aimar, este rival
de Acemon....
Acem. ¿Qué?...
Mat. No me es dado
explicarme.
Acel. Hablad.
Mat. ¿Lo quieres?
Escucha, pues, el arcano:
ese mismo que os persigue,
y cuyo amor ha causado
vuestra desventura...

ESCENA VIII.

Dichos, y los amigos de Acemon.

Pais. Huid,
huid: que ya van llegando
à sorprehenderos los guardias.
Acem. Vedla, amigos, á mi lado:
vedla ya libre.
Pais ¡Qué dicha!
Acem. Vuestro socorro y amparo
prestadla compadecidos;
defendedla: resistamos
unidos á la violencia,
y á un asilo solitario
donde oprimida no sea,
su inocencia conduzcamos.

To-

Todos muestran los instrumentos que les sirven de armas.

Pais. Te juramos defenderla.
Acem. Deponed el sobresalto
tierna madre, y tú Acelina,
para seguir nuestros pasos,
que el valor de mis amigos,
triunfará de los contrarios.
Pais. Si es forzoso, morirémos
en vuestra defensa.
Acem. Huyamos,
siguiendo el mismo destino.

Al huir, salen los Guardias de Aimar, quienes cercando la salida de la gruta, los detienen.

Guard. Tened, y nadie sea osado
á resistir.
Poniendose en defensa.
Pais. La inocencia
defender todos juramos.
Mat. Dios de piedad, protegednos.
Guard. Temed, temed insensatos:
sufriréis la misma pena.
Pais. Hasta morir resistamos.
Guard. Arrancárosla sabrémos.
Pais. No os acerqueis, temerarios.

ESCENA IX.

Dichos y Aimar.

Las dos tropas se separan à vista de Aimar, y él pasa por medio.

Aim. Pues qué á resistir se atreven,
no haya clemencia, soldados:
todos mueran: de mi encono
¿quién hoy podrá libertarse?
Mat. Yo.
Aim. ¡Dios! ¿qué miro? Matilde!
Mat Si, cruel: yo soy.
Aim. ¡Qué espanto!
¡Matilde!...
Todo lo que sigue en voz baxa con misterio.
Acel. y *Acem.* ¿Por qué se turba?
Mar Atónito se ha quedado.
Acel. ¡Qué sorpresa!
Acem. ¡Qué silencio!
Suspira.
Mar. ¿Se habrá apiadado?
ó su castigo medita.
Aim. ¡Fatal encuentro! *Aparte.*
Mat. Temblando
mi pecho está.
Mar. ¡Quál vacila!
Aim. ¿Cómo te has determinado *A Matilde.*
á proteger un traidor,
de mis deseos contrario?
Huye, Acelina culpable,
de mi vengativo brazo:
¿y tú les das un asilo?
pero nadie libertarles
hoy podrá de mi venganza:
obedeced mi mandato. *A los Guardias.*
Mat. Tened.
Acem. Amigos. *A los Paisanos.*
Se ponen en defensa.
Mat. Pues nada *Esforzando la voz.*
su furor ha mitigado,
camina, querido hijo
á recibir el infausto
golpe de tu mismo padre.
Aim. ¡De su padre!
Mat. Sí: inhumano,
hiere á tu hijo.
En la mayor turbacion.
Aim. ¿Qué escucho?

Acelina y Acemon se van acercando tímidamente hasta arrodillarse ante Aimar, quien estará profundamente reflexîvo.

Acem. y *Acel.* ¿Nos recibis apiadado
por vuestros hijos?
Aim. ¡Qué pena!
En tan imprevisto caso,
¿qué he de hacer? ¡funesto dia!
Mat. ¿Conoces mi voz, ingrato?
Acem. y *Acel.* ¿Seréis nuestro padre?
Aim. Aparta. *A Acelina.*
Acem. A vuestros pies imploramos
nuestro perdon.
Aim. ¡Ah, Matilde! *Suspirando.*
Mat. La misma soy.
Aim. Alejaos
para siempre de mi vista,
que me estais atormentando.
Mat. Cruel: ¿castigarlos quieres?
Cogiendo con fuerza á Acemon y Acelina.
Aim. Quiero en este dia á entrambos
uniros:
Abraza á Matilde, y á los dos amantes.
esposa, llega:

ve-

venid hijos á estrecharos
en mi corazon. Conozco *A Acelina.*
mi ceguedad, y aun te amo;
pero solo como padre.
Mat. ¡O júbilo inesperado!
¡dia feliz!
Acem. Pues el cielo,
nuestros ruegos escuchando,
nos vuelve la paz ansiada,
Todos. Su clemencia bendigamos.

FIN.

CON LICENCIA: BARCELONA.

POR AGUSTIN ROCA.

Á costa de los libreros asociados.